

Regreso de Nueva York. Visión de la modernidad americana en ensayistas venezolanos de mediados del siglo XX¹

Dr. Arturo Almandoz

Departamento de Planificación Urbana, Universidad Simón Bolívar, Caracas

almandoz@usb.ve

Después del crepúsculo de la Bella Epoca²

1. A través de sus impresiones y crónicas de viaje al gran país del norte y sus metrópolis de progreso, algunas de ellas escritas en temporadas de exilio, varios ensayistas venezolanos ayudaron a sellar la americanización de la cultura urbana que caracterizara a la sociedad venezolana desde finales del gomecismo. Los prodigios capitalistas y técnicos del Coloso del Norte, encomiados desde finales de la Primera Guerra por los adalides del positivismo venezolano;³ la grandeza de los símbolos de la civilización urbana de los Estados Unidos, plasmada en los colosales monumentos del Nueva York de entreguerras; aunados a las bondades del *American way of life*, que posibilitaba el florecimiento de la vida intelectual en universidades nutridas de académicos procedentes de las más diversas culturas; todo ello hizo que, a pesar de las juveniles devociones de algunos por la izquierda anti-imperialista o el París de la *Belle Époque*, los intelectuales venezolanos de paso por la gran república del norte sucumbieran ante el formidable ejemplo de la civilización americana en expansión. Aunque estas son cuestiones que caracterizan las visiones de los diversos ensayistas venezolanos abordados en ésta y la siguiente sección, me permito colocar en este primer grupo a aquellos cuyo análisis de la americanización estuvo en buena medida determinado por el contraste con la europeización que había predominado hasta finales de la prolongada “Bella Epoca”, que en América Latina persistió hasta bastante después de la Primera Guerra.⁴

La Torre Eiffel que Arturo Uslar Pietri había contemplado durante su estadía en la Legación de Venezuela en París a finales de los años 1920,⁵ podía ser vista como un faro que simbolizaba el embrujo que el *esprit* francés y la Ciudad Luz habían ejercido desde el siglo XVIII hasta la Primera Guerra, cuando Francia dejó de ser profesada como religión y la ciudad europea *par excellence* no era ya visitada en tanto Meca de Occidente. Tal como reflexionara Uslar años más tarde al visitar el Jeu de Paume, acaso el impresionismo pictórico y literario había representado una suerte de “gran fiesta crepuscular de Europa”; un crepúsculo que habría podido “ser mucho más largo y creador si no lo hubieran precipitado trágicamente las dos grandes guerras de la crisis mundial”. Esa Europa otrora depositaria de la civilización occidental había que “irla a buscar ahora a los museos y las bibliotecas”,⁶ del mismo modo que - tal como reconería el Uslar más maduro que fue a pasar *El otoño en Europa* (1954), “después de dieciocho años de vida americana ininterrumpida” - París no era tampoco, al menos desde finales de la *Belle Époque*, el centro del mundo “para todo aquel que

¹ Esta ponencia es otro avance de mi proyecto de investigación “La ciudad en el pensamiento venezolano, 1900-1958”, avalado por el Departamento de Planificación Urbana, Universidad Simón Bolívar (USB)

² Pasajes de esta sección fueron incluidos en el artículo A. Almandoz, “Dos percepciones la urbanización en el humanismo venezolano del siglo XX: Picón Salas y Uslar Pietri”, *Tierra Firme*, Vol. XVII, No.68, Caracas: octubre-diciembre 1999, pp. 705-28. Para el caso de Uslar Pietri, ver también A. Almandoz, “Tres momentos en el pensamiento de Uslar Pietri sobre la ciudad”, en C.E. Alemán, F. Fernández (comps.), *Los rostros de la identidad. II Simposio Venezuela: Tradición en la modernidad*. Caracas: Equinoccio, Fundación Bigott, 2001, pp. 113-28

³ Ver en este sentido A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*, t. I: *Del tiempo de Maricastaña ala masificación de los techos rojos*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana (en prensa)

⁴ Sobre la concepción de la “Bella Epoca” por parte de los cronistas venezolanos y sus manifestaciones en la cultura urbana caraqueña, ver A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940. Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*. Caracas: Fundarte, Equinoccio, 1997, pp. 160, 223-24.

⁵ Sobre la temprana visión parisina de Uslar, por comparación con otros intelectuales venezolanos, ver A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*

⁶ A. Uslar Pietri, *El globo de colores*. Caracas: Monte Avila, 1975, pp. 228-9

logra escapar de aquella fascinación vieja y poderosa para regresar a las profundas sollicitaciones de otras tierras y otras horas del hombre distintas y llenas de otra poesía y otra verdad".⁷

A una hora distinta del hombre moderno correspondía el Nueva York de finales de los años 1940, desde donde el exiliado ex-ministro había aprovechado para reflexionar sobre *La ciudad de nadie* (1950), "esa ciudad que a nada se parece, que va a ser independiente de los seres que la pueblan y que va a crear formas de vida que no parecen corresponder a la dimensión ni al ritmo del hombre".⁸ Con algo del tono receloso de los modernistas latinos y de la visión oracular de los sociólogos alemanes de entre siglos, el humanista venezolano describió los prodigios y miserias de la metrópoli yanqui que se erguía en capital del mundo desde el final de la Segunda Guerra. Distinguiendo rasgos que recuerdan el síndrome de mercantilismo e instrumentalización de los valores y relaciones humanas reportado por Georg Simmel para el Londres y Berlín anteriores a la Gran Guerra,⁹ Uslar Pietri se asombró de la "uniformidad que impresiona" entre los neoyorquinos, quienes semejabán "una artificial casta de termitas deformados para el trabajo", con el solo afán de acumular toda la riqueza del mundo. Por ser "gentes vendidas al tiempo" - como los apresurados sujetos de Simmel - sus estaciones de tren se le antojaron a don Arturo "como los templos de un monstruoso dios del tiempo que devora los hombres"; eran "templos del Moloch de Manhattan, que es el tiempo", que era también "el mito fundamental de la isla y de sus prisioneros".¹⁰

Aunque el autor no llegó a reconocérmelo en las entrevistas que pude hacerle,¹¹ el Nueva York de Uslar, "ciudad universal que a nada se parece",¹² recuerda a la vez aspectos sombríos de las desnaturalizadas *Grosstadt* y "ciudad mundial" descritas en *La decadencia de Occidente* (1918) de Oswald Spengler, cuya influencia sí reconoció repetidamente Uslar en términos de filosofía de la historia.¹³ No sólo por ser la "isla de los solitarios", el Manhattan de la postguerra evidenciaba la mecanización spengleriana en la artificialidad de su paisaje; en la falta de cultura que deja ver "el hombre que almuerza con sandwich y coca-cola en el mostrador de una farmacia de Nueva York"; así como en el eclecticismo arquitectónico de los rascacielos, que no son sino "inmensos cimientos habitados, sobre los que, en los dos o tres últimos pisos de la cúspide, se posa, como un buque encallado sobre un arrecife, una mansión gótica, un templo románico o un palacio del Renacimiento".¹⁴ La profecía spengleriana sobre el desarraigo de los seres metropolitanos, así como el alerta que haría el Arnold Toynbee de *Ciudades en marcha* (1970) sobre la diáspora suburbana de los habitantes de las megalópolis modernas,¹⁵ estaban ya presentes en la conclusión uslariana sobre los habitantes de esa ciudad de nadie: "Llena de feria y poblada de gente de paso. Todos son pasajeros".¹⁶

2. También Picón Salas se debatió entre las sollicitaciones de lo europeo y lo americano, aunque estas últimas le habían venido por vía de lo latino, ya que su encuentro vivencial con Norteamérica, al igual que el que tendría con Europa, sería algo tardío y temporal. No hay que olvidar, sin

⁷ *Ibid.*, pp. 117-18, 125

⁸ A. Uslar Pietri, *La ciudad de nadie* (1950). Buenos Aires: Editorial Losada, 1960, p. 12

⁹ G. Simmel, "The metropolis and mental life" (1903), trad. H.H. Gerth, en R. Sennett (ed.), *Classic Essays on the Culture of Cities*. New York: Appleton-Century-Crofts, Meredith Corporation, 1969, pp. 47-60; "Metrópolis y vida mental", en *La soledad del hombre* (1971), trad. S. González. Caracas: Monte Avila Editores, 1992, pp. 99-119

¹⁰ A. Uslar Pietri, *La ciudad de nadie*, pp. 19-21, 40-3

¹¹ A. Almandoz, F. Cecconi, "Entrevista con un mito" (1983); Arturo Almandoz, "Huellas urbanas de Frankenstein. Conversación finisecular con Arturo Uslar Pietri" (1998), en A. Almandoz *Ensayos de cultura urbana*. Caracas: Fundarte, 2000, pp. 186-201; 202-16

¹² A. Uslar Pietri, *La ciudad de nadie*, pp. 12, 40

¹³ O. Spengler, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal* (1918), trad. M. García Morente. Madrid: Espasa-Calpe, 1998, 2ts. Las "unidades de civilización" spenglerianas se habrían mantenido vigentes a lo largo del siglo XX, sobre todo a través de su influencia en A.J. Toynbee, *A Study of History* (1934-61). London: Oxford University Press, 1961, Vol. XII, pp. 282-92.

¹⁴ A. Uslar Pietri, *La ciudad de nadie*, pp. 23, 26, 35, 38

¹⁵ A.J. Toynbee, *Ciudades en marcha* (1970), trad. M. Williams. Madrid: Alianza Emecé, 1973, pp. 13-14

¹⁶ A. Uslar Pietri, *La ciudad de nadie*, pp. 47-9, 52

embargo, que el exilio del joven Mariano en Chile desde comienzos de los años 1920, había acentuado su ligazón con la sensibilidad social y artística de la Europa de entreguerras. En su "Meditación francesa" (1937), el encargado de Negocios de la Legación de Venezuela en Checoslovaquia, que recorría el Viejo Mundo en la antesala de la Segunda Guerra, parecía todavía mostrar cierta reticencia para con "la mecanización de la vida", el "fariseísmo imperialista" y el "materialismo técnico de los yanquis", los cuales venían del afanado puritanismo anglosajón; frente a ellos, la *sagesse* gala había sido la mejor expresión de las reposadas culturas meridionales de Europa, que afortunadamente habían dictado el tempo de Latinoamérica hasta la Primera Guerra.¹⁷ Coincidiendo con la ya mencionada visión uslariana del impresionismo pictórico y literario en tanto "gran fiesta crepuscular" del Viejo Continente, esa Gran Guerra había significado, para el autor de "Profecía de la palabra" (1945), la muerte psicológica del siglo XIX, de ese mundo estancado y onírico, de "ocio nostálgico" y desencantado, de la "crepuscular Europa" que Proust había anticipado a través del "inmenso paraíso menudo" de su obra.¹⁸

Sin embargo, debido al influjo cultural que ese Viejo Mundo había ejercido sobre la Latinoamérica de la *Belle Époque*, fue todavía el ejemplo de la Europa que había comenzado a americanizarse desde los *roaring twenties* - período que he llamado los Años Locos para el caso caraqueño¹⁹ – el que en buena medida fue emulado por las ciudades latinoamericanas y sus élites, fascinadas por la nueva civilización mecanizada en los lustros de entreguerras. Esas formas de mecanización tempranas parecen corresponder al síndrome de transculturación metropolitana que, como ya he mencionado, la sociología alemana había descrito desde comienzos de siglo, por boca de pensadores como Spengler, cuyas profecías elocuentes y audaces fueron escuchadas por Picón en su "Meditación alemana", así como en la francesa. La hibridez cultural de las élites latinoamericanas de entonces fue comparada por el autor de *Preguntas a Europa* (1937) al *cocktail* que aquéllas mismas popularizaron en las reuniones sociales de la entreguerra, cuando todavía regresaban deslumbradas "de la nata cosmopolita y aventurera del balneario y del *dancing* europeo".²⁰

Don Mariano sabía empero que los epicentros de esas nuevas formas de sociabilidad mecanizada no eran las atribuladas metrópolis europeas que estaban a punto de ser invadidas por Hitler, sino las opulentas ciudades norteamericanas, alejadas del temporal bélico que se cernía sobre Europa. Si el autor merideño dejó ver en algunos textos cierta aprehensión hacia esa influencia gringa que invadiera al país que se hubo tornado petrolero desde la segunda parte del gomecismo,²¹ su permanencia como agregado cultural en Washington, así como su experiencia como profesor visitante en las universidades de Columbia y California, entre otras, le permitieron una apreciación más directa del gran vencedor de la Segunda Guerra. En especial, la "enorme flota futurista" de Nueva York ya fue vista por el autor en "Mayo de 1940" (1945) como baluarte de "una civilización pacífica y madura, prodigada en bienes materiales, en abundancia, en espectáculos", cuya particular "Poesía de la vida" le había rodeado "con su aliento trepidante", durante la visita que el director-fundador de la *Revista Nacional de Cultura* hiciera a la Feria Mundial de Nueva York y a varios campus universitarios. Mientras el edificio del *Times* proyectaba a los transeúntes neoyorquinos la noticia de la rendición de los franceses ante las tropas nazis en aquella madrugada fatídica del 22 de mayo, Picón pareció entonces entender la revelación de los

¹⁷ M. Picón Salas, "Meditación francesa" (1937), en *Europa-América. Biblioteca Mariano Picón-Salas*. Caracas: Monte Avila Editores, 1995, t.V, pp. 16-26, p. 22

¹⁸ M. Picón Salas, "Profecía de la palabra" (1945), en *Europa-América*, pp. 175-84, 179. A. Usler Pietri, *El globo de colores*, pp. 228-9.

¹⁹ A. Almandoz, *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*, pp. 218-25; ver también *La ciudad en el imaginario venezolano*.

²⁰ M. Picón Salas, "Meditación francesa", en *Europa-América*, pp. 16, 18; "Meditación alemana" (1937), en *Europa-América*, pp. 27-37, p. 31

²¹ M. Picón Salas, *Regreso de tres mundos*, en *Autobiografías. Biblioteca Mariano Picón-Salas*. Caracas: Monte Avila Editores, 1987, t.I p. 169; "Caracas en cuatro tiempos", en *Suma de Venezuela. Biblioteca Mariano Picón-Salas*. Caracas: Monte Avila Editores, 1988, t.II, pp. 244-5

catedráticos estadounidenses con los que había departido, quienes abogaban por "un diálogo espiritual entre las dos Américas, para mantener una convivencia sincera, para defender la libertad del hombre...".²² Tal como lo asoma en la serie de cuestiones planteadas en *La esfinge en América*, pareciera que a partir de entonces se acentuó en don Mariano la preocupación hemisférica por las antiguas "Américas desavenidas" (1951), cuyas reticencias databan de nuestro arielismo político, descendiente del modernismo latinoamericano de comienzos de siglo: "Ya no nos basta aquel individualismo estético, la lección sosegada del viejo maestro Próspero, porque estamos urgidos de solidaridad ética, y las ondas nos empujan hacia donde está bramando y solicitando lo colectivo. Ha desaparecido ese mundo de Rodó, de los finos aristarcas intelectuales de hace cincuenta años, e inquirimos, perplejos, qué es lo que va a nacer".²³

3. Una crítica visión del mito de la *Belle Époque* y de su influencia en América Latina nos viene dada en algunos textos de Juan Oropesa. Como exiliado del gomecismo a comienzos de los años 1930, el miembro de la Generación del 28 había conocido, desde la España republicana, el resplandor crepuscular de aquel período que reencarnara el mito de una perdida Edad de Oro, época "en que la felicidad reinaba por todas partes y la vida era de continuo un permanente y grato espectáculo". Años más tarde, con su paladar "hecho al sabor de todas las amarguras", el ex-rector de la Universidad Central de Venezuela, exiliado en París durante la dictadura perezjimenista, pudo revisar críticamente aquella era legendaria cuando supuestamente reinara la "*douceur de vivre*" en Europa y su Occidente, mítico período de "emparentamiento del temprano novecientos con la anterior centuria". Escrita, al igual que *El otoño en Europa*, desde la otrora Meca de la Bella Época, valga decir que *Del tiempo en que vivimos* (1956) de Oropesa se asemeja a la obra de Uslar, entre otros aspectos, porque los reportes parisinos de ambos autores intentaron definitivamente "decir adiós" a la fascinación que la *Belle Époque* y su capital ejercieran sobre las generaciones que las conocieron.²⁴

Oropesa sin embargo nos ofrece una visión más crítica, dramática y caricaturesca a la vez, de aquella época opulenta y acartonada, que en cierta forma anticipa la crítica al aburguesamiento que la historiografía posterior ha establecido.²⁵ "Apoteosis del parasitismo social", en el que cansonamente se repitieron, como en los carteles de Toulouse Lautrec, los relamidos iconos – "chisteras, champaña, alhajas y antifaces" – de una "frívola humanidad", cuya "inconsistencia" y dispendiosidad habrían de apurar la "hecatombe" de 1914; tiempo cuyo "mal gusto" floreció en la recargada arquitectura *Beaux-Arts*, "caracterizada por su profusión de adornos y de figuras en escayola con reminiscencias de habilidosa repostería", así como en el "arte eminentemente *pompier* que consagraban los primeros premios de las grandes exposiciones pictóricas de la época". El mundo "salido de quicio" resultante de la conflagración, no podía haber estado "apoyado en lo sucesivo sobre la Vieja Europa",²⁶ cuyo atraso frente a los Estados Unidos no sólo fue técnico, sino también cultural.

4. Habiendo sido *lecturer* invitado de la Universidad de Minnesota en 1942, Oropesa conocía de cerca las características del *American way of life*, como bien titulara uno de los capítulos de su libro *Imparidad del destino americano* (1945). En ese breve ensayo había vaciado el autor su balanceada captación de las virtudes y defectos esenciales de la potencia emergente de las guerras mundiales, así como de sus diferencias con las tambaleantes repúblicas latinoamericanas, mostrando a la vez señalada preocupación por el modo de vida de las opulentas pero cansosas ciudades gringas. A pesar del gran respeto por las huellas de su no muy brillante pasado colonial,

²² M. Picón Salas, "Mayo 1940" (1945), *La esfinge en América*, en *Europa-América*, pp. 125-31, 126-7

²³ M. Picón Salas, "Américas desavenidas" (1951), en *Europa-América*, pp. 234-44, 244

²⁴ J. Oropesa, *Del tiempo en que vivimos*. Madrid: Edime, 1956, pp. 16, 25

²⁵ Ver por ejemplo E. Bairatti, "Le charme discret d'une époque", trad. Rémi Simon, en *La belle époque. Les illusions délicieuses de l'Europe durant quinze ans de son existence*. Paris: Fernand Nathan, 1978, pp. 113-76

²⁶ J. Oropesa, *Del tiempo en que vivimos*, pp. 25-6, 29-30

las urbes norteamericanas no podían dejar de producir en el visitante “esa sensación de mundo acabado de surgir del génesis de la fábrica”: por contraste con las vetustas ciudades europeas, “esa como sensación de intemporalidad” de las ciudades de los Estados Unidos se debía en buena medida al aferramiento a lo *up to date* “en esta tierra tan inequívocamente prendada de su tiempo”. La contemporaneidad en demasía, aunada al “cansancio de la eficacia, de la uniformidad, de los excesos de reglamentación”, producían ese *tedium vitae* de una existencia que transcurre abrumada por el *comfort*,²⁷ según el síndrome que del *American way of life* nos reportara el antiguo profesor visitante. No obstante, el autor no dejó de reconocer las ventajas de las continuas “transformaciones técnicas” experimentadas por las ciudades del Norte, que hacían que su impresión de intemporalidad, con todo y su carencia de contenidos históricos, fuese saludable y preferible resultado de esa “dinámica cultura anglosajona”; ésta contrastaba con la “estática hispano-americana”, causante del “mundo anacrónico” en que vivían muchas ciudades capitales y de provincia al sur del Río Grande; mundo de atraso que agobiaba apenas se daba la espalda “a la mentira de las grandes avenidas de la metrópoli, cuajadas de automóviles y de anuncios luminosos”.²⁸

Pero no se trataba tampoco de copiar las superficiales manifestaciones de lo yanqui en las ciudades latinoamericanas. Oropesa advirtió sobre los peligros de trasegar indiscriminadamente y de “pegote” los banales símbolos del capitalismo y la modernidad de los Estados Unidos, ridiculizados en el equívoco de “la civilización del *hot-dog* y de la *coca-cola*”; era en parte esta vana percepción consumista la que había hecho que la “vecindad geográfica de la existencia yanqui” fuera un “fenómeno de perturbación” para las sociedades latinoamericanas.²⁹ Al ver también “las manías de copiar lo yanqui” en el París de la segunda postguerra, al igual que en las capitales latinoamericanas que querían presumir de modernas con sus rascacielos, Oropesa supo preguntarse también por las espurias manifestaciones de lo americano en Occidente en general, así como por las disyuntivas culturales que el nuevo modelo civilizatorio implicaba: “¿Cuál es el mejor modelo – inquieren entre disputas – los que pretenden reducir el todo de la cuestión a copiar esto o aquello? ¿Lo será – por ventura – la *Belle Époque*, que hoy despierta las añoranzas de una Francia venida a menos, o tendremos, por el contrario, que inclinarnos ante el triunfante esplendor de la (*sic*) *American Century*?”.³⁰

En el *American Century*

5. Ya no por contraste con el telón de fondo de la Bella Epoca europea y latinoamericana, encontramos otras visiones de intelectuales venezolanos sobre la creciente influencia gringa en el mundo de la postguerra. En algunas de esas visiones, la reticencia inicial frente a la sustitución de valores latinos por costumbres y modas anglosajonas fue superada por el conocimiento *in situ* que escritores como Rómulo Gallegos y Enrique Bernardo Núñez tuvieron de las bondades y prodigios de los Estados Unidos; en otras, por el entendimiento y la aceptación de que la americanización de la Venezuela petrolera era un proceso irreversible. Aunque el reporte de Nueva York y otras metrópolis americanas no fuera el objeto de las crónicas, los símbolos urbanos de esa civilización en expansión siguieron teniendo valor preponderante en la interpretación que esos autores nos ofrecieran sobre el poderío y la supremacía de la nueva potencia secular.

Desde finales de los años 1920, cuando se desempeñara como funcionario de la Unión Panamericana en Washington, Alberto Adriani había reconocido y celebrado la expansión norteamericana, viéndola como ejemplo para los pueblos latinoamericanos y del Caribe, sobre los que aquella estaba llamada a ejercer particular influencia:

²⁷ J. Oropesa, *Imparidad del destino americano*. Caracas: Suma, 1945, pp. 41-3, 46

²⁸ J. Oropesa, *Imparidad del destino americano*, pp. 55-8

²⁹ J. Oropesa, *Del tiempo en que vivimos*, pp. 151-2

³⁰ *Ibid.*, pp. 31-2

“El mundo entero advierte la expansión, cada día más y más pujante, de los Estados Unidos de América. Por primera vez en la historia, el planeta todo entero es teatro de la expansión de un pueblo. Las grandes organizaciones económicas y financieras que tienen sus sedes en los majestuosos rascacielos de Nueva York, símbolos de acero y granito de esta civilización faustiana, están empeñadas en un proceso de integración de la economía mundial.”³¹

A riesgo de pecar de especulativo, me permito emparentar esta breve conceptualización de Adriani sobre la expansión americana con la noción de civilización desarrollada por Spengler en su obra ya mencionada. Primeramente está la referencia a los colosales edificios de Nueva York – que Adriani había conocido en 1921 antes de partir a estudiar en Europa – y que, según la morfología spengleriana, pueden ser vistos como símbolos de la artificialidad de la ciudad mundial, que niega todo paisaje natural. En segundo lugar encuentro significativa la utilización del sentido económico de lo “fáustico”, que en la obra de Spengler es también asociado al proceso expansivo “del dinero como función, como fuerza, cuyo valor consiste en su eficacia, y no en su mera existencia”.³² Pero además está la perspectiva de Adriani para comparar con otras fases civilizatorias de la historia occidental:

“Este proceso de expansión económica se marida en los Estados Unidos con cierto estado de espíritu, que recuerda el que se vio aparecer en Atenas después de la victoria sobre los persas; en Roma, en la mañana de la destrucción de Cartago; en España, después de la Reconquista; en Inglaterra, después de las guerras napoleónicas. Este estado de espíritu constituye un aspecto verdaderamente trascendental de la vida americana”.³³

La clarividencia del economista para entender la expansión americana como una fase de “civilización”, además de poderío económico y político, indican el alcance histórico que Adriani atribuyera al proceso. Por ello la acertada identificación que hiciera el joven intelectual de las fases civilizatorias que señala como ejemplos: la Grecia helenística, la Roma republicana en vísperas de su expansión, la España imperial y la Inglaterra victoriana; ellos son algunas de los períodos que Spengler señala también como exponentes de los procesos expansivos y homegeneizantes de “civilizaciones” que, desde metrópolis regionales o universales, se impusieron a la “cultura” de pueblos periféricos.³⁴ Sin embargo, valga decir que esta connotación dominante y materialista de la expansión americana no pareció tener sentido negativo para Adriani, quien, a diferencia de Spengler, confiaba en los valores espirituales de los Estados Unidos en tanto nuevo emporio civilizatorio. “En nuestro mundo todavía *mens agitat molem*. Es el espíritu el que está consiguiendo triunfos en los dominios de la vida material y al mismo tiempo preparando al pueblo para un gran florecimiento moral, intelectual y artístico”, reconoció el economista venezolano, que miró a John Dewey y Waldo Frank como exponentes del afán “por darle un sentido moral al inmenso venero de energías que guarda el pueblo americano y en trazar los lineamientos de un ‘nuevo mundo’ espiritual”.³⁵

6. De manera más explícita recurrió Ramón Díaz Sánchez a conceptos de Spengler, para interpretar no sólo el reemplazo de Europa por los Estados Unidos en la égida cultural de Occidente, sino también para desarrollar su propia visión como historiador. Aunque terminara apoyándose más propiamente en la noción de “círculos culturales” derivada de los *Kulturkreise* propuestos por el etnólogo alemán Leo Frobenius, en *Ambito y acento*, significativamente subtitulada *Para una teoría de la venezolanidad* (1938), don Ramón reconoció repetidamente sus

³¹ A. Adriani, “La colonización en Venezuela” (1929), en *Textos fundamentales de Venezuela*, selección y notas de R. Arráiz Lucca, E. Mondolfi Gudat. Caracas. Fundación para la Cultura Urbana, 2001, pp. 231-41, p. 231

³² O. Spengler, *op. cit.*, t. II, pp. 152, 754

³³ A. Adriani, *op. cit.*, p. 232

³⁴ O. Spengler, *op. cit.*, t. II, pp. 139-76

³⁵ A. Adriani, *op. cit.*, pp. 232-3

deudas con la dialéctica spengleriana entre la Cultura, “dueña del hombre”, y Civilización, “nuevo florón de la primitiva cultura”.³⁶ Los “postulados históricos” de *La decadencia de Occidente* ya habían sido incluidos por el autor de *Transición* (1937) entre los “principios modernos de la sociología como ciencia”.³⁷ Y es esa visión morfológica de la historia, combinada con la nociones de “ámbito cultural” y “acento”, derivadas de Frobenius, la que parece fundamentar la interpretación que nos diera Díaz Sánchez sobre la búsqueda de una cultura propia americana, a partir de modelos occidentales heredados de Europa.

Pareciera que don Ramón se refiriese por igual al “homo americanus” del norte y del sur, por lo que respecta a su relación de dependencia y postergación de sus culturas con respecto a la civilización europea. Sin embargo, esta relación cultura-civilización cambiaba por supuesto al considerar la posición predominante de la América anglosajona sobre la latina, que alcanzaba manifestación dramática en la Venezuela petrolera. En este sentido, en otro texto he desarrollado que tanto *Mene* como *Cassandra* ofrecen inagotables ejemplos de las formas de penetración yanqui, a través de sus valores de industrialismo, mercantilismo y mecanización, en la cultura aldeana venezolana.³⁸ La vieja “tesis racista del positivismo” que conduce a cierta visión pesimista de las razas venezolanas,³⁹ se combina en esas novelas con actitudes contrarias a lo yanqui, tal como creo haberlo ilustrado. Sin embargo, dentro de su prosa ensayística, el que fuera consejero cultural de las embajadas de Venezuela en París, Roma, Madrid y Bonn, ofreció también un como entendimiento y aceptación de la presencia norteamericana en la sociedad venezolana, una vez que la órbita europea fue rota por la economía petrolera.

“Cuando se produjo el brutal impacto del petróleo, que destruyó la cultura agraria en Venezuela, la perspectiva cultural de nuestro país comenzaba a ensancharse y a embellecerse gracias a los senderos que se le abrían con los contactos de la cultura europea, tan rica en sustancia humanística, estética y filosófica. Mas junto con la economía petrolera nos llegó el pragmatismo norteamericano y todo quedó desnaturalizado y mostrenco: el arte, la Universidad, las relaciones humanas, el amor, la política. A esto se debe el que en la actualidad los venezolanos transitemos un solo camino – eso sí, muy bien asfaltado – hacia el horizonte de la cultura”.⁴⁰

Creo que ese pasaje, escrito por don Ramón poco antes de su muerte en 1968, ofrece una visión sintética y cruda, pero de maduro reconocimiento, frente al giro cultural que la sociedad venezolana tuvo que dar, inexorablemente, como consecuencia de su economía petrolera en primer término; pero también, en última instancia, por causa de los nuevos valores que se imponían en el *American Century* en general. Después de todo, este reemplazo de ámbitos y acentos podía ser visto como otra manifestación de la antinomia spengleriana entre cultura y civilización.

7. En un temprano artículo suyo que sirvió de obituario a la muerte del sociólogo en 1936, Enrique Bernardo Núñez dejó ver su conocimiento de la trágica lógica histórica que, sobre la decadencia de las culturas fáusticas, tuviera Spengler, “hombre de pensamiento crepuscular”.⁴¹ Algo de esta visión sombría pareció asomar en el reporte que de la próspera tierra norteamericana ofrecería don Enrique en su *Viaje por el país de las máquinas* (1954), libro en el que se superponen al menos dos estratos de su percepción norteamericana. Primeramente, el reporte que en su columna de *El Universal* ofreciera el cónsul en Baltimore en 1938, cuando Estados Unidos podía parecer todavía “un mundo distante” al lector local, antes de que sobrevinieran “tan notables cambios en el aspe-

³⁶ R. Díaz Sánchez, *Ámbito y acento (Para una teoría de la venezolanidad)*. Caracas: Editorial Elite, 1938, pp. 7-8, 17

³⁷ R. Díaz Sánchez, *Transición. (Política y realidad en Venezuela)* (1937). Caracas: Monte Avila, 1973, p.7

³⁸ A. Almandoz, “Campamento y urbanización en la literatura del petróleo. De *Mene* a 1958”, *Simposio-Foro Agustín Codazzi. Arquitecto del Territorio*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, octubre 2000, s.p.

³⁹ Atribuida a Díaz Sánchez por M. Montero, *Ideología, alienación e identidad nacional* (1984). Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1997, p. 147

⁴⁰ R. Díaz Sánchez, “Prólogo” (1967), *Obras selectas*, pp. 12-13

⁴¹ E. B. Núñez, “Spengler” (1938), en *Bajo el samán*. Caracas: Tipografía Vargas, 1963, pp. 111-13, 111

de nuestras ciudades, y en nuestro mismo estilo de vida";⁴² posteriormente, esa especie de manifiesto del intelectual venezolano frente a la variada geografía económica y cultural del emporio industrial norteamericano, una vez que regresara a vivir allí entre 1940 y 1941. De esa suerte de palimpsesto periodístico, emergen también diferentes postales del Nueva York que don Enrique hubo de conocer a través de sucesivos viajes y referencias, la más antigua de las cuales era la de aquella formidable silueta urbana que, presidida por la Estatua de la Libertad, emergía como emblema de progreso americano en medio del europeísmo de la *Belle Époque*.

Varios momentos metropolitanos se superponen en el reporte de Núñez, en el que, al igual que en el caso de Uslar, creo que la visión spengleriana condiciona algunas de las imágenes con las que se reconstruyen los entretelones del progreso norteamericano. No sólo reconoció desde el comienzo don Enrique que el "gran culto del dinero" era el "hilo", el "factor mágico" que hacía posible todos los prodigios económicos y técnicos de los Estados Unidos.⁴³ También, por ejemplo, al referirse a la visión que plasmara en sus poemas Carl Sandburg, "cantor de Chicago", de esa "city of the big shoulders" (1914), Núñez resaltó las "vidas desesperadamente monótonas, cansadas, de inútiles deseos, sin sueños", que fueron consumidas por la quimera metropolitana que había sido el Chicago de la industrialización; gran maquinaria que llegaba a destripar hasta "niños enviados a las fábricas, condenados a comer polvo y a morir con los corazones vacíos por una escasa paga, unos cuantos sábados por la noche".⁴⁴ Al mismo tiempo, con "sus doscientos parques y sus nueve mil fábricas", esa "ciudad de anchos hombros" era una contrastante metrópoli de prodigios tecnológicos y desolación humana, que bien supo evocar Núñez a través de la poesía de Sandburg, como significativo momento fundacional en la construcción del secular mito urbano norteamericano. Y desde comienzos del siglo XX, el símbolo de ese mito pareció venir dado por el rascacielo, en el que don Enrique entrevió un "alma" colectiva que yo creo tiene también resonancias spengleranas.

Por otro lado, al denunciar el olvido del humanismo que alimenta el espíritu, también parece haber algo de la visión spengleriana sobre la decadencia del materialismo occidental en el sombrío cuestionamiento que – sin duda llevado por la toponimia de la metrópoli – hiciera don Enrique del frenético industrialismo moderno, al pasearse por la "Calle de Goethe" (1941) de Chicago; allí, recordando los innumerables crímenes que a diario se reportaban en los periódicos del país opulento, el visitante venezolano concluyó que "el desarrollo industrial como fin exclusivo no garantiza por sí solo la felicidad humana. En medio de la mayor pujanza industrial, el hombre se agita con el corazón vacío".

8. También Rómulo Gallegos asimilaría el americanismo secular a través de su contacto con la tierra de promesas y las visiones de rascacielos e industrialismo. Al dictar una conferencia en el Roerich Museum el 1º de septiembre de 1931, con la que atendía a una invitación de la Federación Latino-Americana de estudiantes, el novelista que se había desterrado en Nueva York y presenciaba la construcción del Empire State, reconoció no sin reticencia la grandeza del edificio; en aquel momento se apresuró a advertir que su admiración no era por la magnitud material sino por el esfuerzo que la obra simbolizaba, y que este tipo de construcciones no debía ser visto como requisito de verdadero progreso: "porque no deja de haber entre nosotros quienes piensen que no seremos grandes y felices mientras no tengamos rascacielos",⁴⁵ puntualizó con cierto sarcasmo el intelectual latino. Su posición dejaba ver todavía algo del idealista Gallegos de *La Alborada*, así como también del autor que retratará con recelo al gringo Mister Danger en *Doña Bárbara*.

⁴² E.B. Núñez, "Este libro" (agosto 1954), en *Viaje por el país de las máquinas (Signos en el tiempo)*. Caracas: Ediciones Garrido, 1954, pp. v-vi, v

⁴³ E.B. Núñez, "Los hombres de negocios. (El Greco en Nueva York)", en *Viaje por el país de las máquinas*, pp. 5-8, 5

⁴⁴ E.B. Núñez, "Chicago, 'City of the big shoulders' (Carl Sandburg)", en *Viaje por el país de las máquinas*, pp. 82-5, 83.

⁴⁵ R. Gallegos, "Las tierras de Dios" (septiembre 1, 1931), en *Antología*, ed. P. Díaz Seijas. México: B. Costa-Amic, Editor, 1966, pp. 161-83, pp. 169-70

Haciendo también recordar al Heidegger que denunciara, desde *Carta sobre el humanismo* (1947),⁴⁶ la pérdida de relación entre el hombre y las manifestaciones del ser, el intelectual venezolano expresó asimismo su preocupación por “la deshumanización total de la cultura, el absoluto menosprecio por todo lo que sea adorno de la inteligencia y afinamiento del espíritu, el antihumanismo capando por los fueros de la mano”; todo lo cual era imitación de la máquina que los “hombres prácticos” se ufanaban de haber copiado en su modo de vida, caracterizado por un desprecio por todo lo que fuera “ejercicio de idealismo”. Aunque fuese menospreciada por los hombres prácticos de la civilización industrial, una notable muestra de aquel raro idealismo era para don Rómulo la lectura de los clásicos – Cervantes, Goethe, Dante – en sus propias lenguas, “auténtico, genuino el sabor de espíritu y tiempo”.⁴⁷ Por ello le merecían gran respeto los hombres que se tomaban el trabajo de aprender lenguas extranjeras, como los Maestros de Español de la Universidad de Oklahoma, que le invitaron en abril de 1954, y ante quienes el admirado escritor concluyó su discurso con una postura que abogaba en cierto modo por un panamericanismo que superara las antinomias que habían nacido con el siglo, no obstante las profundas diferencias que la civilización industrial determinaba en los dos hemisferios de las Américas. Estando muy consciente el aclamado autor de *Doña Bárbara* de que su Mister Danger era retrato de una pretérita posición del intelectual latinoamericano de su generación frente a la imperialista penetración yanqui; y contrastando en perspectiva a su personaje con ese auditorio de humanistas americanos que lo hospedaba con admiración, no pudo menos que reconocer don Rómulo el esfuerzo cultural hecho por intelectuales como éstos para superar aquella contraposición inicial que se había dado a lo largo del continente. Como innúmeros lectores gringos de la novela, ese auditorio de profesores de castellano parecía haber entendido, con gran sentido humanístico, la necesidad de no dar más motivo a que se les siguiera llamando “Mister Peligro”. Por todo ello, con “fe americana integral”, Gallegos reconoció ante esa élite académica que la intelectualidad norteamericana estaba “trabajando por la unidad espiritual del continente que poblamos con nuestras varias maneras de ser”.⁴⁸

A la enaltecida visión que Gallegos alcanzara del “gran pueblo de los Estados Unidos” contribuiría, por supuesto, el papel redentor que éste había desempeñado en la Segunda Guerra, que el líder político venezolano reconociera en ocasiones varias. Así por ejemplo, en discurso pronunciado en Valencia, mientras hacía campaña electoral en abril de 1941, don Rómulo se refirió al “admirable ejemplo” de unidad nacional que para la Venezuela que se enfrentaba a su primera contienda democrática después del lopecismo, debían significar aquellos Estados Unidos en tiempos de guerra, que habían sabido superar sus divisiones electorales internas, para alcanzar la “compactación perfecta” requerida por el destino “reservado a la gran república”.⁴⁹ Años después de finalizada la conflagración, en presencia del General Eisenhower, el entonces presidente venezolano pronunció un significativo discurso en la Low Memorial Library de la Universidad de Columbia, el cual llevaba por título “De las letras a las armas”; el novelista que sólo por ese año de 1948 se enfrentaba a los avatares de gobierno, dejó ver su admiración por el adalid de la Segunda Guerra, que habiendo demostrado su fortaleza bélica en pro de la libertad, se aprestaba a asumir desde universidades como ésta, la guía intelectual del mundo en la segunda mitad de siglo XX.

9. Se confirma así el valor decisivo que la gesta libertaria de la Segunda Guerra pareció tener para la aceptación definitiva, por parte de intelectuales como Uslar, Picón, Oropesa y Gallegos, de esa americanización del mundo que se imponía después de la *Belle Époque*, y que en la sociedad venezolana se acentuaba desde la revolución petrolera. Sin embargo, dentro de ese proceso de

⁴⁶ M. Heidegger, *Carta sobre el humanismo* (1947). Buenos Aires: Ediciones del 80, 1985. Repito el comentario de la nota anterior.

⁴⁷ R. Gallegos, “La máquina y el hombre”, en *Una posición en la vida*. Caracas: Ediciones Centauro, 1977, 2 ts., t.II, p. 258

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 263-4

⁴⁹ R. Gallegos, “Ante su juicio, yo concluyo y espero” (abril 12, 1941), en *Una posición en la vida*, t.I, pp. 200-48, 216

asimilación destaca Mario Briceño Iragorry como el caso del intelectual nacionalista que, dentro de su generación, pareció mostrar más inquietudes ante esa predominancia política y económica de los Estados Unidos, por no mencionar ahora los aspectos culturales en las metrópolis venezolanas que he abordado en otro texto.⁵⁰

Mientras paseaba una tarde por los parques neoyorquinos del Riverside Drive, contemplando en los “rostros iluminados” de los allí reunidos “la más intensa alegría, frente al espectáculo maravilloso de un excepcional crepúsculo, con cuyos encendidos colores alcanzaba mayor majestad la arquitectura de los rascacielos”, no pudo el autor de *Mensaje sin destino* (1951) olvidar el reciente llamado del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, “a los pueblos inermes y pacíficos para ir, con las grandes potencias, a castigar la agresión norcoreana”. El conflicto que en 1950 estalló entre las dos Coreas, era para don Mario anticipo no sólo de una nueva guerra sino también de otra hora funesta en la que pudiera usarse de nuevo, después de Hiroshima y Nagasaki, la bomba atómica que podría destruir, “en un minuto de científica barbarie”, la “soberbia expresión” de los poderes constructivos humanos. El intelectual venezolano de paso por el país que cumplía ya sus funciones de gendarme internacional, dimensionó la magnitud de aquella amenaza bélica, preguntábase a sí mismo cómo ese hombre moderno “que ha construido este inmenso marco de audaces edificios como para hacer más hermoso el cuadro de luz de las tardes newyorkinas (*sic*), juega a la muerte y expone a la destrucción todo el esplendor de esta maravillosa cultura de la comodidad?”.⁵¹

Si bien las inquietudes de don Mario parecieran referirse en general a la tecnificada humanidad de las armas nucleares, no dejan de resonar en ellas los resabios sobre los Estados Unidos en particular, que habían exorcizado al mundo de la Segunda Guerra al muy alto costo de vidas de la hecatombe japonesa. Acaso esta perspectiva de alerta, combinada con las críticas que en esa misma obra, al igual que a través de los personajes de *Los Riberas*, hiciera Briceño Iragorry sobre la desenfreada americanización de la Venezuela “pitiyanqui”, le valieron al historiador cierta imagen de “imposible superviviente de la época esperanzada del arielismo”. Como bien lo reconoció en la “Explicación” que antecede a *Introducción y defensa de nuestra historia* (1952), esa ascendencia arielista “en el orden de la americanidad”, era para él un enaltecedor reconocimiento de su transitar por la senda que habían marcado “los grandes constructores del pensamiento de la unidad americana”, tales como Martí, Rodó y Ugarte, entre otros de los “egregios pensadores de la América libre, los mejores soportes para la defensa de la Historia nacional de nuestros pueblos latinoamericanos”.⁵² Emparentado con ese arielismo que venía de la generación de 1898 y de los modernistas de comienzos del siglo XX, el “razonado hispanismo” de don Mario era una variante de su interpretación histórica de la nacionalidad, “ladrillo para el edificio de la afirmación venezolana”, en cuyo servicio se confesaba el historiador, “dispuesto a encarar con las asechanzas de tantas conciencias bilingües como amenazan nuestra integridad nacional”.⁵³

No quiero con estos elementos afirmar que Briceño Iragorry estuviera opuesto de manera chauvinista a la influencia norteamericana en Venezuela; tal como ya lo sugerí en relación a la extranjerizada burguesía retratada en *Los Riberas*,⁵⁴ así como también puede verse a propósito de las americanizadas metrópolis venezolanas embriagadas de riqueza petrolera, lo que cabe ver en don Mario es más bien una crítica ante la innecesaria dependencia de lo foráneo, respecto de

⁵⁰ A. Almandoz, “Urbanización, modernidad urbanística y crítica intelectual en la Venezuela de mediados del siglo XX”, *Argos*, 34, Caracas: Universidad Simón Bolívar, junio 2001, pp. 45-80

⁵¹ M. Briceño Iragorry, *Mensaje sin destino* (1951), en *Obras Completas*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, 1989-90, t. VII, p. 242

⁵² M. Briceño Iragorry, “Explicación” (septiembre 15, 1952), a *Introducción y defensa de nuestra historia* (1952), en *Obras Completas*, t. IV, p. 219

⁵³ *Ibid.*, p. 282. Sobre el arielismo de Briceño Iragorry y su vinculación con la Generación de 1898, ver E. Macht de Vera, *El ensayo contemporáneo en Venezuela*. Caracas: Monte Avila Editores Latinoamericana, 1994, pp. 115, 129

⁵⁴ Ver A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano*.

bienes y modas que podían producirse en el país. Lo que he querido es cerrar con algunas ideas de don Mario esta ponencia, la cual ha tomado como *Leitmotiv* el paso de algunos intelectuales venezolanos por Nueva York y las ciudades americanas, para desde allí desplegar elementos de sus visiones sobre la urbanización cultural del país que se tornaba petrolero. Por lo demás, el tema de la americanización en la literatura venezolana no se cierra aquí, sino que reaparecerá desde otras mitologías e iconos en la crónica de Elisa Lerner, entre otros de los escritores urbanos posteriores a la dictadura de Pérez Jiménez.